

Muestra  
promocional

**Prohibida  
su venta**

© Santillana



[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2019, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2025, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: (+593) 2 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-913-5

Impreso en Ecuador por Imprenta Don Bosco

Primera edición en Santillana Ecuador: Enero 2025

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Abril 2025

Editora: Ana Loli

Ilustración de portada: Roger Ycaza

Corrección de estilo: Cynthia Sobrevilla

Autoría de actividades: Lucrecia Maldonado

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Marcela Leona

María Fernanda Heredia



loqueleg

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana

*Para Marcela,  
que a fuerza de amor  
nos convirtió en manada.*

## Índice

Capítulo 1 .....	11
Capítulo 2 .....	18
Capítulo 3 .....	27
Capítulo 4 .....	36
Capítulo 5 .....	46
Capítulo 6 .....	54
Capítulo 7 .....	64
Capítulo 8 .....	75
Capítulo 9 .....	86
Capítulo 10 .....	92
Capítulo 11 .....	101
Capítulo 12 .....	109
Capítulo 13 .....	113
Capítulo 14 .....	120
Capítulo 15 .....	127
Capítulo 16 .....	129
Capítulo 17 .....	135
Capítulo 18 .....	139
Capítulo 19 .....	144
Capítulo 20 .....	149
Capítulo 21 .....	153
Capítulo 22 .....	156
Cuaderno de actividades.....	165

## Capítulo 1



A Alice le pasaba algo.

Cuando en el desayuno me dijo «Hola, Nena» tuve que darme vuelta y tocarle los brazos y la cabeza para comprobar que no fuera una aparición.

¿Alice llamándome *Nena* en lugar de decirme *Chinche*? ¿Mi hermana mayor sonriendo a la hora del desayuno? Eso no era normal.

A veces me pregunto cómo desayunan otras familias, ¿lo harán como en la publicidad de leche Milkylat?

En ese anuncio la mesa se ve perfecta, con tostadas, mantequilla, mermelada, una jarra de jugo de naranja, una mamá sonriente, un papá cariñoso, unos hijos muy bien peinados bebiendo tazas de leche, y un título que dice: «Despierta en modo Milkylat».

En mi casa es un poquito diferente. Para decirlo en pocas palabras, nosotros despertamos en «modo desmadre».

Mi mamá en la cocina dando gritos y haciéndose la víctima: «¡Qué fue que no vienen a desayunar, les he dicho ochenta veces que ya está listo, un día de estos

me voy a quedar sin voz para siempre, ¿eso es lo que quieren?, ¿acabar conmigo? ¿Acaso están sordos?!».

Mi papá, desordenado y despistado en grado extremo, cada mañana despierta como si hubiera pasado un tornado por la casa. Antes de sentarse a la mesa comienza a dar vueltas como gallina sin cabeza: «¿Alguien ha visto mi teléfono? ¿Alguien sabe dónde están mis calcetines azules? ¿Quién se llevó un papel que dejé sobre la mesa? ¡No encuentro el zapato derecho! ¿Alguien vio mi billetera? ¿Hoy es miércoles o jueves?».

Mi hermana Alice lleva unos meses despertando, invariablemente, de mal humor. Sobre todo, de lunes a viernes y bueno... también los fines de semana, para qué nos vamos a engañar. Ella reparte sus gruñidos democráticamente entre todos: «¿Quieres dejar de gritar, mamá? Qué vergüenza con los vecinos. ¡Papá, esa camisa verde te queda horrible! ¡Hazte a un lado, Chinche, que estás en mi sitio! ¡Mamá, Marcela está en mi lugar y se acabó las tostadas! ¡Y la mermelada! Marcela, ¿sí sabes que vives con otras personas en esta casa? ¿Sí te han explicado que toda la comida no es solo para ti? ¡Mamá, Marcela es insoportable!».

Y mientras mi familia rara vive en el planeta Desmadre... yo como pan con mermelada.

Por eso me sorprendió tanto cuando aquella mañana Alice me llamó «Nena».

Nadie me llamaba de esa manera desde que yo tenía cinco años, cuando yo misma informé a mi familia que ya era una niña grande y que prefería que me llamaran por mi nombre: Marcela.

En realidad, no era tan grande, pero mi petición tenía que ver con otra cosa que no me atreví a confesar, sobre todo para evitar que Alice se riera de mí. Una mañana regresaba del mercado con mi abuela, íbamos caminando y por la misma acera venían hacia nosotras una señora y su perrita. La perrita era horrible, tanto que era difícil saber si se trataba de un ser vivo o de un montón de alfombras viejas con colmillos. Era calva en ciertas partes y peluda en otras, se parecía a mi tío Filo que no tiene ni un solo pelo en la cabeza, pero tiene un bigote tan grande que ahí dentro podrían vivir varias familias de aves.

Al pasar junto a nosotros, la perrita se acercó a oler la cesta con nuestras compras y su dueña le dijo: «Ven para acá, Nena, no seas malcriada». Y Nena le obedeció moviendo la cola.

Esa misma tarde llegué a casa y me dije a mí misma con un grito silencioso que retumbó en mi cabeza: «¡No quiero tener nombre de perro!», y me inventé el discurso que le di a mi familia: «Soy una niña grande, ya no quiero que me digan *Nena*, ha llegado el momento de que me llamen por mi nombre». Y mi familia accedió.

«Hola, Nena», dijo Alice con una sonrisa extraña, antes de desayunar. Ni siquiera me reclamó por la mermelada. Tenía un gesto extraño, como si tuviera los pies sobre una almohada de plumas, además, exhibía una sonrisa tipo leche Milkylat.

—¿Te pasa algo? —le pregunté.

—...

—Que si te pasa algo. Toc, toc, ¿estás ahí, Alice?

—No. No me pasa nada, Nena.

—Tienes la cara rara.

Enseguida reaccionó asustada y me dijo:

—¿Rara por qué? ¿Tengo ojeras? ¿Una espinilla?

¿Me veo mal?

—¡No! Solo tienes cara de tonta.

Al parecer pronuncié alguna palabra mágica, porque repentinamente dejé de ser Nena y volví a mi condición de insecto:

—¡Ya cállate, Chinche! ¡Mamá, dile que no me moleste!

Desde la sala llegó un grito aburrido, era la habitual y casi mecánica instrucción maternal, alargando las letras *a*:

—No le digas Chinche a tu hermaaaaana y tú, Marcela, no molestes a Aaaalice. Ya dejen de peleaaaaaar...

De camino a la parada del autobús me fijé en otro detalle inusual.

—¿Qué te pasó en las pestañas?

—Nada.

—Te hiciste algo, Alice, normalmente tienes las pestañas de vaca, pero ahora están distintas: ¡te las rizaste!

—¿Quieres dejarme en paz? ¿A ti qué más te da si me las ricé o me las pinté de verde? No es asunto tuyo.

—Pestañas rizadas y sonrisa de Milkylat; solo hay una explicación: estás enamorada.

Inmediatamente comencé a repetir:

—Alice está enamorada, Alice está enamorada...

Mi hermana quiso darme un pellizcón para que dejara de gritar, pero la esquivé.

—¿Me vas a decir de quién?

—¡No, Chinche! Y ya cállate, estás dando un espectáculo.

Subimos al autobús y tres paradas más allá obtuve la respuesta. En la avenida de Los Conquistadores se subió Ramón, un chico que llevaba poco tiempo en el colegio e iba al mismo salón que mi hermana.

—¿Qué tal, Alice? —la saludó él con una sonrisa.

Ella respondió con un nervioso y lleno de tropiezos:

—Hola, bien, sí... bien.

Ramón quiso quedarse junto a nosotras, pero la gente que siguió entrando lo empujó unos pasos más atrás.